

Autor: Abilio Ayuso

COSAS DE MUJERES

Ilustrador Ronny Bravo



¿Se puede alcanzar la felicidad
simplemente mediante un consejo?. A veces si.

+14

Berta había llegado a la conclusión de que su matrimonio estaba dando los primeros pasos hacia el fracaso.

Cuando se casó, hacía ya diez años, hubiera tachado de memo a quien se lo pronosticara, entonces ellos eran la pareja perfecta, jóvenes, guapos, profundamente enamorados. Se habían dado un período de diez años sin tener hijos para poder vivir el uno para el otro, sin que nada ni nadie interfiriera en su amor.

Pero pasado este tiempo, se planteaba que sería mejor no tenerlos nunca, porque como mujer inteligente que era, sabía que la típica frase de que: “Los hijos unen”, era un verdadero embuste, y que en realidad los hijos atan y además fuerzan la estabilidad de la pareja, de la misma forma que el embarazo fuerza el metabolismo de la madre.

Tenía que reconocer que en su caso el amor no había muerto de forma brusca por la aparición de un tercero, o peleas brutales, sino que se había ido apagando lentamente, sin una razón concreta, o tal vez por varias pequeñas razones.

No podía negar que su marido seguía siendo la buena persona que ella conoció y que la trataba excelentemente. En realidad, sólo había un asunto que fallaba, las relaciones sexuales, pero para Berta ese asunto era crucial, porque sin eso, un matrimonio, por bien avenido que estuviera, se convertía en una pareja de amigos, o de hermanos, y llegado ese punto, por cómoda que fuera la situación era mejor replantearse la separación y dar opción a que cada uno de ellos recuperase con otra persona la pasión perdida.

Recordaba con nostalgia que, al principio, ante su más mínima insinuación, su marido se convertía en un torbellino de pasión, cosa que ahora raramente sucedía, y en el caso de que él lo intentara con toda su buena voluntad, su físico no respondía, lo cual aún la frustraba todavía más.

Siendo sincera consigo misma, no podía negar que sus deseos acostumbraban a concentrarse en momentos atípicos, por ejemplo, a las tres de la madrugada cuando había acabado de leer una novela romántica y su marido dormía a pierna suelta, agotado por una estresante jornada de trabajo.

Pero el amor (pensaba ella), consistía en eso: Sorpresa, improvisación, salir de los cauces establecidos y no caer en la rutina.

Por el contrario, cuando algún domingo por la mañana, habiendo descansado durante todo el sábado, era él quien reclamaba su atención, Berta lo rechazaba de plano, básicamente por una cuestión de principios, si

él no había querido o podido, cuando ella lo deseaba, no iba a ceder a sus caprichos por puro compromiso.

Realmente no se podía culpar a David de falta de atención. A pesar de que en realidad no tenía un problema de impotencia, sino de “inoportunidad”, adquirió una cajita de Viagra y dejó las pastillas muy a mano en la mesilla de noche.

Pero eso no hizo más que empeorar la situación porque, aunque tomara la pastilla cuando su esposa lo despertaba a media noche, dispuesto a cumplir estoicamente con su papel, el tiempo en que el medicamento tardaba en surtir efecto, era suficiente para que ella se hubiera dado la vuelta en la cama malhumorada, con lo cual el pobre hombre se pasaba el resto de la noche con plena erección y sin desahogarse.

Si en alguna ocasión él le había hablado de esperar simplemente el tiempo suficiente para que la pastilla hiciera efecto, Berta se había negado rotundamente ya que, según ella, eso mataba toda la espontaneidad y el romanticismo.

Al igual que en las escasas ocasiones en que Berta había tenido que tomar una decisión trascendente, antes de adoptar ninguna medida, fue a visitar a su tía Matilde a la que, sino envidiaba, por lo menos admiraba, ya que siempre había sido una mujer que tenía las ideas muy claras y obraba en consecuencia.

Inteligente, educada y de una belleza extraordinaria, Matilde siempre tuvo claro que una mujer con sus dotes no necesitaba esforzarse lo más mínimo para vivir como una princesa a costa de los hombres.

Dado que detestaba los monopolios, siempre rehusó casarse con un hombre rico, a pesar de que no le faltaron propuestas. Por el contrario, y ante el horror de toda la familia, se hizo artista de cabaret, opción que utilizaba únicamente como tablón de anuncios para venderse, pero no a cualquier precio, ni en exclusiva. Bastantes hombres acabaron gastando más en ella de lo que les habría costado si se hubieran casado.

Mujer refinada y de buen gusto, pero sin caprichos absurdos, supo canalizar la generosidad de sus amantes para amasar una sólida fortuna que le permitió retirarse mucho antes de que sus encantos se desvanecieran.

Actualmente vivía sola, con sus cuatro perros en una mansión confortable pero no ostentosa.

Si alguna vez le habían insinuado la idea de tener pareja, se había negado rotundamente y contestaba riendo: “Ni soñarlo, a estas alturas no voy a compartir mi bien ganada fortuna con un hombre, sería como ponerles los cuernos a todos los que han sido mis amantes, además ya tengo el cupo de hombres cubierto para el resto de mi vida”.

Berta pensaba que, si una lagarta como tía Matilde no era capaz de darle una solución, es que realmente no existía.

Comieron juntas charlando de banalidades, tenían toda la tarde por delante, hasta que, durante el café Matilde le soltó a bocajarro: “Bueno, ¿Me lo vas a explicar o te lo tendré que sacar con sacacorchos?”.

“¿El que?”.

“Lo que te ha traído aquí, no te hagas la tonta, aprecio tus visitas, pero casualmente, casi siempre que has venido, tú sola a verme ha sido para plantearme alguna cuestión compleja que no sabías como resolver”.

“Vale, ya veo que contigo no se puede disimular, así que desembucho”.

Acto seguido le explicó con detalle la situación con su marido añadiendo sus propias ideas.

“¿Qué te parece, puedes dame una solución?”.

“Por supuesto, pero esta vez no te saldrá gratis”.

“¿Me vas a desplumar como a uno de tus antiguos amantes?”.

“Te voy a dar un trato justo, consejo por consejo”.

“Qué raro que tú necesites consejos”.

“En realidad no es para mí, es para una vecina con la que tengo una gran amistad, esta mañana me ha planteado un problema y quiero contrastarlo contigo”.

“¿Tan difícil es que necesitas ayuda?”.

“Por el contrario, es tan simple que no entiendo como ella misma no es capaz de ver la respuesta, por eso quiero compartirlo contigo para ver si eres de mi opinión: Esta mujer es viuda y sin hijos, su única familia es su hermano con el que está muy unida, pero desgraciadamente él es militar de carrera y está destinado en Canarias.

Hace años, siendo solteros, cuando el padre de ambos aún vivía, formaban una familia estupenda, cada primer sábado de mes y en los cumpleaños de cada uno, iban los tres a comer a un restaurante centenario que aun funciona muy cerca de aquí, siempre en la misma mesa que tenían de antemano reservada.

Cuando el padre murió, se dijeron que procurarían continuar ellos dos con la costumbre para recordarle, pero principalmente lo harían en el cumpleaños del padre fallecido.

Para el hermano, venir desde Canarias para cumplir la tradición no resulta fácil, aunque lo hace siempre que puede. Pero este año ha coincidido, el cumpleaños del padre, con el primer sábado de mes. Para mi vecina ha sido como una revelación, le ha dicho a su hermano que ese día inapelablemente tiene que venir, porque piensa que el espíritu del padre les estará allí esperando en su mesa de siempre.

Pero el asunto es muy complicado, porque esa misma mañana coincide en Canarias el desfile de las fuerzas armadas ante el Rey, no hay excusa alguna, hasta si fingiera estar enfermo le hospitalizarían. Evidentemente no puede escaparse sin permiso, le podría costar la carrera y hasta un consejo de guerra. Para colmo, esa misma tarde, su hijo mayor juega la final del campeonato infantil de tenis, el niño no entendería que su padre no estuviera allí apoyándole.

El pobre hermano le ha prometido que al día siguiente, el domingo, vendrá a Barcelona y comerán juntos, aunque tenga que hacer el viaje de ida y vuelta en el mismo día, pero ella insiste una y otra vez en que tiene que ser ese sábado sin falta, por eso ha venido a consultarme para ver cómo puede convencer a su hermano para que venga: ¿Qué consejo le darías tu?, porque yo lo veo tan fácil que quiero conocer tu opinión”.

“Es que realmente es muy sencillo, yo le aconsejaría que no fuera tan egoísta, que ni el espíritu del padre ni ella tienen otro trabajo que hacer que esperar a que el hermano pueda venir. El único esfuerzo que hace ella para reunirse es caminar cuatro calles, mientras que él viene desde Canarias. Además, tiene que pensar que un padre de familia no puede jugarse su carrera, que es el pan de sus hijos, por el capricho de una hermanita ociosa y estúpida. Así que, si no pueden comer ese día que coman otro, que no pasa nada, y sino que mueva ella el culo y vaya ese día a ver desfilar a su hermano y jugar la final a su sobrino, más fácil es que el espíritu del padre esté allí que en la mesita del restaurante. ¿Hemos pensado lo mismo?”.

“Por completo”.

“Pues ya he cumplido, ahora te toca a ti aconsejarme sobre el problema con mi marido”.

“En principio: ¿Cómo es posible que una mujer inteligente como tú, capaz de encontrar respuesta al problema de la viuda en treinta segundos, no pueda resolver su propio problema?”.

“Porque son asuntos muy diferentes, las cuestiones sentimentales siempre son mucho más complejas”.

“Eso es lo que tú te crees, en realidad esa viuda no existe, me he limitado a tomar tu propio problema y vestirlo con otros ropajes para que no lo reconozcas, pero la estructura básica es la misma, una mujer mimada y egoísta que quiere que las cosas sucedan exactamente a su capricho”.

“Pero es que el amor, necesita, espontaneidad, libertad...”.

“Libertad... ¿De quién?, será la tuya porque la del pobre David... ¿Espontaneidad?, no me hagas reír, ¿Es muy espontáneo que te despierten cuando más a gusto duermes y tengas que follar por decreto?. Te voy a poner un ejemplo, a ti te encanta tomar el sol en tu piscina, ¿Verdad?”.

“Si claro”.

“¿Y si tienes el capricho, porque no sales al jardín a las tres de la madrugada y le pides al sol que salga?”.

“Porque eso es imposible”.

“Ho claro, pero que un hombre cansado sea despertado a una hora intempestiva por una mujer inoportuna y se emocione como un colegial, ¿Eso si es posible?”.

“Pero es que no lo despierto así, por las buenas, lo hago de una forma insinuante, dulce y cariñosa que debería motivarle”.

“Ahí es donde te equivocas, lo que tú crees motivante, es justamente todo lo contrario, no pienses que la misma cosa funciona igual en cualquier circunstancia”.

“No te comprendo”.

“Tu familia estará muy contenta si te presentas en el cumpleaños de tu sobrina con un pastelito y tres velitas encendidas, cantando el cumpleaños

feliz, ¿Pero y si te presentas igual en el funeral del tercer aniversario de la muerte de tu abuelo?”.

“Pero es que nunca se me ocurriría hacer un disparate así”.

“Pero se te ocurre el disparate de despertar con cucamonas a tu pobre marido a las tres de la madrugada. Esas insinuaciones y mimos que en otro momento serían muy motivantes, a esa hora solo sirven para que piense: *Ya vuelve la gilipollas esta con sus tonterías a una hora intempestiva*, y se le quiten las ganas de cualquier actividad sexual, no hay nada más desmotivador para un hombre que una mujer egoísta, estúpida y cursi.

“No lo hago aposta, es que realmente es cuando tengo ganas”.

“Porque tu vida está ya de principio mal planteada, él se levanta a las seis de la mañana, se ducha y se va a trabajar sigilosamente para no despertarte, tú te levantas a las diez, desayunas tranquilamente, un bañito en la piscina si hace buen tiempo, leer un libro y ver la tele, después de comer, la siesta para no agotarte, y por la tarde vas de compras si te apetece, y si no tienes ganas de salir, entras en Internet y te lo haces traer, tal vez alguna charla por teléfono con las amigas, más tele, y cuando vuelve tu marido a las tantas de la noche, calentar cualquiera de esas comidas precocinadas y sentarte junto a él explicándole cualquier simpleza que te hayan contado, justo para no dejarle oír el último noticiario de la noche. ¿Es así o me equivoco?”.

“Claro que te equivocas, te has olvidado de toda la faena de la casa”.

“Creía recordar que viene una señora a limpiar, lavar, planchar, Etc. tres días por semana, ¿Qué te queda a ti por hacer?... Mariconadillas”.

“De acuerdo lista, pues según tú, ¿Cuál debería ser mi vida, ir a picar piedra?”.

“Nada de eso, en principio, te pones un despertador potente tres minutos después de que se levante tu marido, y mientras se ducha le preparas un buen desayuno y no el bocado de cualquier cosa que debe comer él”.

“Vale, y cuando se va le doy un besito, ¿Y qué hago a las siete de la mañana?, porque a esa hora no están puestas ni las calles”.

“Pues desayunas, te vistes y te marchas a un gimnasio, que a las ocho ya están todos abiertos, así te quitas ese michelín que poco a poco estás fabricando, de paso fortaleces el pecho y consigues mantener un culo firme, que eso sí que pone a los hombres, y no las chorradas a destiempo. Al

acabar de todo eso vuelves a tu casa prácticamente a la misma hora que te despiertas todos los días”.

“¿Solo eso?”.

“Por supuesto que no, la siesta de la tarde la sustituyes por un curso de alta cocina, así por las noches sorprenderás a David con tus creaciones, y los cotilleos con esas amigas descerebradas que tienes, por un curso de informática e Internet, que te abrirá las puertas a un montón de información, porque no sólo hay que ejercitar el cuerpo, sino también la mente”.

“Vale, y con eso mi marido recupera la pasión ¿Verdad?, no me lo creo ni borracha”.

“Con eso caerás en la cama rendida, y no andarás haciendo el fantasma de madrugada y tu marido tendrá otra imagen más motivadora de ti. Por otro lado, vuestras vidas serán más paralelas y será más probable que tengas ganas de hacer el amor el fin de semana. Además, respecto a eso de la pasión masculina vas bastante equivocada”.

“¿A, sí?, ¿Por qué?”.

“Mira Berta, entre tú y yo podemos hablar clarito, nosotras tenemos una gran ventaja: Una mujer, por torpe que sea, se guarda un tubo de lubricante vaginal en el lavabo, y puede convertirse en una amante feroz a poco que se lo proponga. Yo siempre he admirado a los gigolós por su capacidad de motivación. En mi caso no hubiera conseguido jamás motivarme realmente con aquel banquero calvo y bajito que me compró esta casa, pero como mujer, podía disimular a la perfección. Pero a los hombres la naturaleza les ha dotado de un termómetro a la vista, que mide no solo su estado físico, sino también su nivel de deseo. Pueden ayudarse un poco con algún medicamento, pero son malos para la salud, y no funcionan al instante, así que, si quieres ser feliz en tus relaciones, deja tu egoísmo a un lado, y haz como con el bronceado, que lo practicas sólo cuando luce el sol. Por tanto, cuando tu marido tenga una buena erección, dite a ti misma: *Huy, que cosa más bonita me he encontrado*, y aprovéchala”.

“Entonces, según tú, tengo que dejar de ser espontánea”.

“Está más claro que el agua, si dos amantes no coinciden en el momento de sus deseos, uno de los dos tiene que dejar de ser espontáneo, ¿Pero quién?, ¿El que físicamente puede, o al que le resulta imposible?. De todas formas, con el cambio de vida que te he propuesto verás como coincidís mucho más en vuestros momentos de deseo”.

“Sinceramente tía, no sé si tendré fuerza de voluntad para organizarme como tú me has propuesto”.

“Entonces tendré que ayudarte”.

“¿Cómo?”.

“Muy sencillo, sabes que eres mi sobrina preferida, porque los otros pasan de mí olímpicamente, y yo de ellos, por lo tanto es muy normal que te haya nombrado mi heredera”.

“No lo había pensado, pero si, sería normal”.

“Correcto, y sabes que conseguí sacarles tanto dinero a mis amantes que pude retirarme a los cuarenta años”.

“Si, ya lo sé”.

“Pues bien, mi fortuna es mucho mayor de lo que nadie se imagina, y todo eso debería ser para ti sin embargo, mañana acudiré al notario y cambiaré mi testamento, lo dejaré todo a la sociedad protectora de animales”.

“¿Por qué vas a hacer eso?!”.
“¿Por qué?”.

“Para darte un motivo claro, no volveré a modificar mi testamento hasta haberme convencido de que has seguido mis consejos y te funcionan, así que ya puedes darte prisa porque estoy muy mayor, puede darme un achuchón en cualquier momento y te quedas sin nada”.

“Eso es puro chantaje”.

“Yo lo llamo: Proporcionarte un motivo claro para ponerte en marcha, y no intentes engañarme porque tengo mis espías y sabré lo que estás haciendo”.

Aunque no tenía demasiada fe en el plan, Berta se propuso seguirlo a rajatabla, porque sabía que su tía Matilde los tenía bien puestos y no amenazaba en broma. No estaba dispuesta a perder una fortuna alegremente, en principio porque, aunque su marido se ganaba muy bien la vida, no eran ricos, y en segundo lugar, porque pensaba que esa herencia le daría la independencia económica que ahora no tenía.

Para su sorpresa la cosa funcionó mucho mejor de lo que esperaba.

Levantándose temprano y con el día cargado de actividad física e intelectual, la costumbre de leer un libro antes de acostarse se desvaneció por sí sola, tampoco se volvió a despertar de madrugada, con lo cual no tuvo el dilema de molestar o no a su marido por la noche.

Después de varias semanas siguiendo el plan, el descanso del sábado le parecía a Berta una bendición, y para que negarlo, después de toda una semana de abstinencia, cuando el domingo por la mañana su marido la cubrió de besos, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para aceptarlo, realmente disfrutó aquella relación como en los viejos tiempos, porque además él apreció el cambio al completo: Que se levantara con él, que cada noche le sorprendiera con una cena creativa, que su cuerpo hubiera perdido el inicio de flacidez, y que en lugar de hablarle de marujadas pudieran tener una conversación inteligente, todo eso encendía en él una pasión nueva, y ya no eran solo los domingos por la mañana sino también los sábados.

Para su propio asombro Berta se sintió feliz en aquella nueva fase de su relación, se sentía orgullosa de su propia generosidad y nunca más volvió a rechazar a su marido, la sombra de divorcio se desvaneció y al cabo de tres años ya les acompañaban dos bebés, pero ni siquiera con los niños se permitió volver al estado de dejadez inicial, contrató una canguro que los cuidaba en las horas en que ella acudía al gimnasio a practicar culturismo o a sus clases, hacía mucho tiempo que lo hacía por propia voluntad, sin acordarse ya siquiera del chantaje de tía Matilde.

Tía Matilde llegó a los ochenta años, pero no paso de allí, días después de su muerte Berta sentía la curiosidad de saber si había cambiado el testamento o seguiría legando todo a la Protectora, porque nunca más habían vuelto a mencionar el tema.

En el despacho del notario le aguardaban dos sorpresas, en primer lugar, la fecha del testamento en que le legaba todos sus bienes era muy anterior a la conversación que habían mantenido, “Ósea que la muy zorra me engañó y no llegó a modificarlo”, pensó Berta.

La segunda era la nota de puño y letra que le había escrito su tía poco antes de morir:

Hola Berta:

Si lees esto, quiere decir que ya he marchado del mundo de los vivos, entonces espero que sepas perdonarme el par de mentirijillas que te solté.

La primera es que no cambié el testamento ni te hice espiar, fue un farol.

Espero que la segunda no te decepcione mucho porque la verdad es que no puedo legarte una gran fortuna.

Aunque sí que es verdad que en su día gané bastante dinero, he estado viviendo muy cómodamente durante cuarenta años a costa de ello y no ha quedado gran cosa, apenas mi casa y mis joyas, que te lego con la condición de que cuides al último de los perros que me queda.

Lamento que esto pueda decepcionarte, pero pensé que necesitabas un buen motivo para cambiar el rumbo de tu vida.

Te quiere mucho tu tía Matilde.

A Berta se le cayeron un par de lagrimones encima del papel, y no pudo evitar el contestar en voz alta: “No me has decepcionado tía, ni mucho menos, y en realidad tu falso testamento me ha proporcionado algo mucho más importante que el dinero, ahora soy plenamente feliz”.

FIN...